

cayó de vanos dioses, por la astucia
de sus idolatrasas enlabiado.
En pos vino Tamud, de quien la herida
atraía cada año á la alta cumbre
del Líbano las vírgenes sirianas,
á plañir tiernas todo un día estuvo
su desventura con devoto llanto;
mientras que el dulce Adonis, desprendido
de su nativa roca, la purpúrea
corriente enviaba al mar, teñida en sangre
de Tamud, según dicen, añalmente.
Igual lamento hicieron con la torpe
fábula, ilusas, de Sión las hijas,
cuyas livianas lágrimas vertidas
á la puerta del templo vió en su rapto
Ecequiel, cuando puesta ante sus ojos
le fué ¡oh Judal tu negra idolatría.
Aquél vino después, que gran tormento
sintió cuando cautiva el arca santa
mutiló la su imagen, derribando
allá en su mismo templo sobre el polvo,
sin brazos ni cabeza el tronco horrible,
afrenta de su culto y sacerdotes.
Llamáronle Dagón, monstruo marino,
hombre del medio arriba, el resto pece.
Tuvo, empero, en Azorb también su templo,
temido por la corta Palestina;
en Gath, en Ascalón, y en las fronteras
de Ascarón y de Gaza. Á él se seguía
Rimmón, que tuvo asiento allá en Damasco,
en la fecunda y deleitosa orilla
de Abana y Fárfar, transparentes ríos.
Rival también de Dios y de su templo,
si perdió á un rey leproso, otro (su necio
conquistador Achaz) vino á su culto,
y derribó en su obsequio el altar santo,
poniendo en su lugar uno erigido
á la siriana moda, do quemase
vergonzosas ofrendas, adorando
los mismos dioses que vencido había.

Detrás venía innumerable turba,
por diferentes nombres distinguida,
de no reciente fama: Osiris, Isis,
Horo y su comitiva, que con formas
espantables y extrañas brujerías
al fanático Egipto embaucaron,
y aun á sus sacerdotes, que buscaban
sus dioses vagamundos, en figuras
de animalías torpes escondidos.
También dañó á Israel el mal contagio,
cuando adoró en Oreb sus arracadas,
por el arte fusoria convertidas
en un becerro de oro, cuya culpa
dobló en Bethel y en Dan el rey protervo
que contrahizo su Dios, y en vez del santo
Jehová, quemó incienso á un buey rumiante.
Por eso ¡oh Egipto! en una triste noche
fueron tus primogénitos despojo,
y tus balantes dioses, de su ira.
Belial vino por fin, que igual del cielo
ningún más torpe espíritu cayera,
ni que más suciamente el vicio amase.
No tuvo templo alzado, ni humo nunca
de altar suyo subió, mas ¡ay! ¿Quién tiene
culto mayor en templos y en altares,
cuando niegan á Dios sus sacerdotes,
cual los hijos de Elí, que el santo templo
con lujuria y violencia profanaron?
Reina también en cortes y palacios
y en las ciudades, de torpeza asiento,
donde del alboroto y las injurias
sube el rumor sobre las altas torres,
cuando á la sombra de la noche negra
salen los hijos de Belial, de orgullo
y vino henchidos, á rondar sus calles.
Testigüenlo las tuyas ¡oh Sodoma!
y las de Gabaá, do sin respeto
á la hospitalidad fué escarnecida
la dueña de Bethel, cuyo alto ultraje
libró de otro más torpe al su velado.

Estos eran en orden los primeros
y en brío. Los demás eran sin cuento,
y largos de expresar, aunque famosos
dioses, á quienes de Jabán los hijos
adoraron en Jonia, más recientes,
empero, que sus padres cielo y tierra:
Titán el primogénito, y su enorme
familia, de la herencia por Saturno,
bien que hermano menor, desposeído,
aunque el hijo tonante justo pago
le dió, usurpando el usurpado cetro;
primero en Ida y Creta conocidos,
después también sobre la blanca cima
del viejo Olimpo, el aire de la media
región reglando su más alto cielo;
ó ya en la cumbre délfica en Dodona
y por la tierra dórica y sus lindes;
ó al fin, do aquel que con Saturno el viejo
por el mar de Adria á los hesperios campos
fué, y de los Celtas travesando el golfo,
logró subir á sus lejanas islas.
Todos estos y más vinieron juntos,
y aunque abatidos, tristes y en silencio,
todavía en sus ojos un oscuro
vislumbre de contento aparecía
de ver al jefe altivo esperanzado,
y así en la perdición aún no perdidos.
El entonces seguro, y recobrando
la sólita soberbia, con muy graves
razones, aunque vanas de sentido,
reparó su temor, y gentilmente
desterró de sus pechos el desmayo.
Luégo mandó que fuese prontamente,
al són de las trompetas y clarines,
el tremendo estandarte enarbolado.
Tocárale esta gloria por derecho
á Azazel, querubín de alta estatura,
el cual al punto la imperial insignia
desdobló del bruñido hastil, y en alto
la enarbolando, al viento tremolada,

brilló cual meteoro refulgente,
con el oro y rubíes, que expresaban
en rica bordadura los trofeos
y blasones querúbicos; en tanto
sonaron los marciales instrumentos,
y todas las legiones respondieran
con un muy alto grito, á que los hondos
cóncavos del infierno retemblaron,
y aun se sintió de fuera el tenebroso
reino del caos y la anciana noche.
Otras diez mil banderas al momento,
por el oscuro aire tremoladas,
brillaron con colores orientales,
á cuya luz se viera un bosque espeso
de picas, de bruñidos capacetes,
y escudos muchos fuertemente unidos,
que el formidable ejército ostentaban.
Al punto en ordenados batallones
se pone en marcha la tremenda hueste
al són de dulces flautas y de pífanos,
al tono dorio y pausas acordados;
tono que en otro tiempo el noble pecho
de los antiguos héroes encendía
en los combates, no con rabia inútil,
sino con reflexivo y firme aliento,
despreciador del susto y de la muerte;
tono grave y solemne, que inspiraba
tranquilos pensamientos, arrojando
de los mortales ó inmortales pechos
la angustia, el duelo, el susto y el quebranto.
Marchaba, pues, unida y animosa
la falange de espirtus en silencio,
y al dulce són de las acordes flautas
la ardiente arena alegres discurrían;
hasta que ya avanzados se pararon,
mostrando un ancho fuerte formidable
con las feroces relumbrantes armas;
y cual las huestes del heróico tiempo,
con lanzas y paveses muy cerrados,
esperaban la voz del gran caudillo.

Entonces él por las armadas filas
 tendió la experta vista, y travesando
 rápido los inmensos batallones,
 vió el orden de los suyos, sus semblantes,
 su aire y estatura, cual de dioses;
 al fin sumó su número, y henchido
 su corazón entonces de soberbia,
 se glorió en su poder vano y protervo;
 porque jamás desde su infancia el mundo
 viera ejército tal, ni comparados
 con él los más famosos, parecieran
 otro que cual la enana infantería
 que lidia con las grullas, aunque á un tiempo
 se ayuntasen la prole gigantea
 de Flegra y los heróicos escuadrones
 que lidiaron en Teba y Troya en uno
 revueltos con sus dioses auxiliares;
 los que ensalza y describe el fabuloso
 cuento de Artús, seguido por sus fuertes
 caballeros britanos y bretones;
 los que después, ya infieles, ya cristianos,
 en Montalván justaron ó Aspremonte,
 en Marruecos, Damasco ó Trebisonda;
 y los que, en fin, Biserta envió de África
 cuando allá Carlo-Magno y los sus pares
 fueron en Roncesvalles derrotados.
 ¡ Tanto dista el ejército tartáreo
 de las mortales fuerzas! Todavía
 guardaban sujeción al gran caudillo.
 Él, entre los demás sobresaliendo
 en aire y gentileza, estaba erguido
 como una torre; ni del todo hubiera
 su lustre original perdido y gloria;
 antes como un arcángel relucía,
 con luz, empero, y resplandor menguados.
 Cual al romper del día el sol naciente
 lanza al través de niebla matutina
 su luz remisa, ó tras la luna oculto
 en pardo eclipse, á la mitad espanta
 de las naciones crédulas, y anuncia

ruinas y sustos á medrosos reyes;
 así, aunque escurecido todavía,
 entre todos brillaba el alto arcángel.
 Del rayo celestial las cicatrices
 señalaba profundas su semblante,
 y los fieros cuidados le anublaban;
 empero heróico aliento y concentrada
 soberbia á la venganza siempre pronta
 anunciaba su ceño, aunque feroces
 todavía en sus ojos parecían
 gran lástima y cruel remordimiento,
 al ver de su traición los compañeros,
 ó más bien los secuaces (¡cuán distintos
 de lo que un tiempo fueran!) condenados
 también con él á pena perdurable;
 mil millones de espirtus por su culpa,
 arrojados del cielo, de la eterna
 lumbré inmortal por su traición privados,
 y fieles á su alianza, aunque perdido
 su nativo esplendor; así de fuego
 del cielo heridos los montanos robles,
 ó los pinos de un bosque, aunque desnudos
 de su frondosa pompa, y chamuscados
 sobre el marchito suelo, todavía
 duran erguidos los eternos troncos.
 Dispuesto á razonar, hace que al punto
 plieguen las dobles filas de ala á ala;
 luégo en medio sus grandes le tomaron.
 Tres veces quiso hablar, y tres las lágrimas,
 cual verter puede un ángel, á sus ojos,
 á pesar de su orgullo, se asomaron.
 Por fin rompió, y mezcladas con suspiros
 hallaron su camino estas palabras:
 «¡Oh, ejército de espirtus inmortales,
 héroes sin par! Oh, al Todopoderoso
 solamente comparables! Nuestra empresa
 no tuvo infame fin, aunque esta horrible
 prisión, y tan acerba y espantosa
 mudanza el triste caso testifiquen.
 Mas ¿qué penetración, qué agudo ingenio,

por más que diestro combinar supiese
 lo presente y pasado, adivinara
 que un tal poder, tan grande y tan unido,
 como el que aquí miramos, cedería
 vencido y rechazado? Y ¿quién, no obstante,
 aun después de tal rota, habrá que dude
 que estas fuertes legiones, cuya ruina
 tiene vacío el cielo, reanimadas
 podrán con nuevo ardor subir de un vuelo
 á recobrar sus tronos primitivos?
 En cuanto á mí, testigos sean los altos
 moradores del cielo, si dudoso
 en la resolución ó en los peligros
 cobarde, malogré vuestra esperanza;
 pero el supremo Rey, que hasta aquel día
 ocupara su trono muy seguro,
 solo en su antigua posesión fundado,
 ó en la opinión y tolerancia nuestra,
 descubriendo la gloria majestuosa
 de su real dignidad, mantuvo oculto
 el lleno de sus fuerzas, y este engaño
 nos deslumbró y atrajo nuestra ruina.
 En fin, ya desde hoy son conocidos
 nuestro poder y el suyo; y si sería
 locura provocarle á nueva guerra,
 fuera infamia evitarla, provocados;
 porque de nuestro ser la mejor parte
 no está vencida aún, y el alto ingenio
 nos queda para obrar por escondidos
 fraudes aquello do el poder no alcanza.
 Esto á lo menos hallará en nosotros;
 que no vence del todo á su contrario
 quien sólo en fuerza le aventaja y vence.
 Ya sabéis que criarse nuevos mundos
 pueden en el vacío, y que el muy Alto,
 según la tradición que desde antiguo
 corría por el cielo, proyectaba
 formar para estos tiempos uno, donde
 plantase cierta gente venturosa,
 caro objeto de todas sus delicias,

é igual en dicha á sus celestes hijos.
 Probemos, pues, y á él ó á otro hagamos
 nuestra primer salida; que no siempre
 han de vivir en esta sima hundidos
 los hijos de la luz, ni por más tiempo
 cubiertos de las sombras baratrales.
 Pero esto debe consultarse agora
 con maduro consejo, pues perdida
 la esperanza de paz, ¿quién hay que opine
 por la vil sumisión? Guerra, pues, guerra,
 abierta ú oculta, resolver debemos.»
 Dijo; y luégo aprobando su discurso
 millones de querubes, las espadas,
 por el aire vibradas, relumbraron,
 iluminando en torno el ancho infierno,
 y todos ensañados contra el trono
 del muy Alto, con armas resonantes
 dieron en los broqueles reciamente;
 tanto, que el fiero són de insulto y guerra
 llegó al alta techumbre del Empíreo.
 Estaba cerca un monte, cuya horrible
 cima lanzaba fuego y denso humo,
 cubierto en lo demás de una lustrosa
 costra, señal de oro, que encubrían,
 impregnadas de azufre, sus entrañas.
 Allá voló prontísima una inmensa
 brigada de guerreros, como suelen
 ante un real campamento, bien armados
 de picos y de sables, correr listos
 los piquetes de bravos gastadores
 á alzar una trinchera ó parapeto.
 Guiábalos Mammón; Mammón, de cuantos
 espíritus cayeron del Empíreo
 espíritu el más vil, pues en el mismo
 cielo siempre sus ojos y deseos
 fijos del rico pavimento al oro,
 pisado allí de todos, le admiraba
 sobre la clara y refulgente gloria
 que inundaba de Dios el trono santo.
 De él primero aprendieron los mortales

á robar de la tierra el centro oscuro;
 de la tierra, su madre, y con impías
 manos dilacerando sus entrañas,
 á sacar los tesoros que piadosas
 escondían. Al punto sus soldados
 abren en medio el monte una ancha boca,
 y grandes peñas del metal brillante
 sacan. Nadie se admire si el infierno
 engendra tal riqueza; que es muy digno
 tan precioso metal de aquel terreno.
 Vosotros, que ensalzáis los mundanales
 bienes, y con asombro andáis loando
 las obras que erigieron los monarcas
 de Babilonia y Menfi á tanta costa,
 ved aquí sus famosos monumentos,
 milagros de arte y fuerza, traspasados
 por espirtus precitos, que en un hora
 acaban lo que apenas en un siglo
 logró el continuo afán de tantas manos.
 En el próximo llano, en muchas fraguas
 que el lago ardiente por ocultas venas
 del derretido fuego bastecía,
 el macizo metal con arte extraño
 fundía otra cuadrilla, y le afinaba;
 y otra que ya en la tierra varios moldes
 había formado, por ocultas vías
 llena sus huecos de metal herviente;
 bien cual suele en los órganos un soplo
 henchir toda la máquina, infundido
 el aire á un tiempo por diversos tubos.
 Al punto sale de la tierra, pronto
 como una exhalación, un ancho templo,
 al són de melodiosas sinfonías
 de instrumentos y voces, todo en torno
 cercado de pilastras, y en robustas
 columnas de orden dórico apoyado,
 que el dorado arquitrabe sostenían.
 Ni friso ni cornisa allí faltaban
 de exquisitos relieves, y era de oro
 ricamente labrado el alto techo.

Las grandezas de Menfi y Babilonia
 en su más alta gloria no igualaron
 á estas, ni los templos de sus dioses,
 Belo y Serapis, ni el dorado asiento
 de sus reyes, entonces cuando Asiria
 y Egipto en fausto y pompa compitieran.
 Subió la excelsa mole, y se mantuvo
 sobre su mismo peso. De repente
 se abren bronceadas puertas, y descubren
 de lo interior el ámbito espacioso
 y el liso y bien labrado pavimento.
 Sendas filas de lámparas pendían,
 y de ardientes faroles, de la arqueada
 bóveda, que alumbraban por encanto,
 de asfalto y pingüe nafta bastecidos,
 y daban clara luz cual la del cielo.
 Entre la muchedumbre presurosa
 y admirada, la obra alaban unos,
 y otros del diestro artífice el ingenio,
 cuya mano de antiguo conocida
 fuera en el cielo, por las altas torres
 que allá labrara, asiento y residencia
 de los excelsos tronos; á quien tanto
 ensalzó el Rey supremo, que le diera
 el cargo de reglar en varias clases
 las brillantes etéreas jerarquías.
 Ni de la antigua Grecia fué ignorado
 su nombre, ni del Lacio, do le dieron,
 so el de Mulcíber, culto los ausonios;
 y como dende el cielo había caído,
 fingiéronle arrojado de las altas
 almenas cristalinas por la furia
 de Júpiter airado, y que rodando
 rápido por el aire, desde el alba
 al mediodía, y desde el mediodía
 hasta la húmeda tarde, todo el curso
 de un día de verano, al esconderse
 el sol, cual una estrellá desgajada
 desde el alto zenit, cayera en Lemnos,
 isla del mar Egeo. Así lo cuentan

ilusos ; mas mucho antes con los otros
 rebeldes derribado hubiera sido ;
 que ni las altas torres en el cielo
 alzadas le valieran, ni salvarle
 las máquinas pudieron de que fuese
 con su diestra cuadrilla despeñado
 y enviado á edificar en el infierno.
 Entre tanto, por orden del gran Jefe,
 los alados heraldos, con terrible
 aparato y al són de las trompetas,
 todo el tartáreo ejército convocan
 á un general consejo, que juntarse
 debía en Pandemón, insigne corte
 de Satán y sus pares. Los más dignos
 fueron allí llamados desde el frente
 de sus tercios, según de cada uno
 el mérito y lugar. Al punto todos
 vienen en tropa, todos escoltados
 de varia y numerosa comitiva.
 Todas las avenidas con inmensa
 confluencia, las puertas y anchos atrios
 se hinchan, y más el gran salón (aunque era
 cual un campo espacioso, do guarnidos
 de reluciente acero y bien montados
 suelen tornear los bravos campeones,
 y á vista del Soldán, al más cumplido
 paladín, á batirse cuerpo á cuerpo
 provocan, ó á justar con lanza en ristre),
 como un inmenso enjambre los espirtus
 cubren el suelo, y al través del aire
 sacuden sesgos las silbantes alas.
 Así en la primavera, cuando monta
 el sol ardiente en el bicorno signo,
 sacan su prole numerosa en torno
 de los melifluos corchos las abejas,
 y ellas entre las flores, de suave
 rocío humedecidas, susurrando,
 vuelan, girando acá y allá ligeras,
 ó por la lisa tabla y odorosa,
 ancho arrabal de su ciudad pajiza,

se solazan paseando, y los negocios
 tratan de su gobierno ; tan espesa
 la aérea muchedumbre se estrechaba.
 Mas, dada la señal, ¡ portento extraño !
 los que mucho en tamaño á los terrígenas
 gigantes excedieran, reducidos
 á más breve estatura, ya parecen
 enanos. Más espesos é incontables
 que la pigmea gente colocada
 allende el monte indiano, ó que los duendes,
 cuyas nocturnas zambras á la orilla
 de un solitario bosque ó fuente clara
 mira tal vez, ó sueña que lo mira,
 un rústico extraviado en su camino,
 mientras la luna, presidiendo en alto,
 se descubre, y más cerca de la tierra
 lanza su tibia luz, en tanto hierve
 la bulliciosa danza, y la festiva
 música encanta el alma y el oído
 del rústico, medroso y solazado ;
 de esta arte los espirtus encogen
 su talla gigantea, á breve forma
 reduciéndola, y bien que innumerables,
 quedaron á su holgura en la gran silla
 del infernal palacio. Más adentro,
 y en su propia estatura, retirados
 formaban su sesión los serafines
 y querubines, grandes y señores
 de la tartárea corte, y en doradas
 sillas, de gloria y majestad cubiertos,
 más de mil semidioses se sentaban.
 Puesto silencio, y la convocatoria
 leída en alta voz, la junta empieza.